

La riada

Obra de cámara · Obra de 3 personajes · 1 mujer, 1 hombre, 1 indistinto · 75 min · Avanzado · Desde 12 años

Una noche de marzo, el Vionne crece más deprisa de lo previsto. En la sala de plenos de Pontvieux, la alcaldesa tiene que decidir antes del alba si abre o no el aliviadero de la orilla sur: inundar la llanura de los Aulnes para salvar la ciudad. Su madre se niega a dejar la casa familiar, en medio de la llanura. Su hermano, el ingeniero del dique, insiste en abrir sin querer decir por qué, y Camille, de guardia esta noche, tiene a su padre al otro lado del agua.

La sala de plenos del ayuntamiento de Pontvieux, pequeña ciudad a orillas del Vionne, la noche del 25 al 26 de marzo, en la actualidad.

Reparto

MARTHE (Papel femenino, Sénior) 61 años, alcaldesa de Pontvieux desde hace veinticinco años; su madre vive en la orilla sur, en la casa donde ella se crio.

SIMON (Papel masculino, Adulto) 52 años, su hermano, ingeniero del dique desde hace veintiún años.

CAMILLE (Sin marca de género, Joven adulto) 24 años, de guardia en el ayuntamiento esta noche; se crio en la llanura de los Aulnes, donde su padre cría vacas.

ACTO I : LAS ONCE DE LA NOCHE

ESCENA 1

(La sala de plenos de un ayuntamiento pequeño. Una mesa larga, sillas, una bandera. En una mesa aparte, una radio, un teléfono fijo, un gran registro abierto. En la pared, un mapa del municipio partido en dos por un río. La lluvia en los cristales.)

(Camille escribe en el registro. Marthe está de pie delante del mapa, con el móvil en la oreja. Se oye, muy lejos, un tono de llamada que no acaba nunca.)

CAMILLE. Veintitrés horas. Escala del puente: cinco metros cincuenta y ocho.

(Marthe baja el móvil. El tono se corta.)

MARTHE. No lo coge.

CAMILLE. A lo mejor está dormida.

MARTHE. No está dormida. Hace años que ya no duerme. Escucha la radio en la cocina hasta las tres de la mañana. Lo ha oído sonar. Ha mirado el teléfono, ha visto mi nombre, y ha echado otro leño a la estufa.

(Deja el móvil en la mesa.)

MARTHE. ¿Moulins?

CAMILLE. Moulins-la-Roche ha dado seis metros doce a las veintidós cuarenta. Dicen que va más despacio.

MARTHE. Llevan diciendo eso desde las seis de la tarde.

CAMILLE. Esta vez lo han dicho más bajo.

(Un tiempo.)

MARTHE. ¿La prefectura?

CAMILLE. Ha vuelto a llamar a las veintidós cincuenta. Lo he apuntado. El jefe de gabinete. Ha dicho, leo: «El reglamento del aliviadero es claro, la decisión corresponde a la señora alcaldesa. El prefecto no asumirá la dirección de las operaciones. La prefectura queda a su disposición.»

MARTHE. Podría asumirla. Ha decidido no asumirla.

CAMILLE. Eso es lo que ha dicho.

MARTHE. Eso quiere decir que él también está sentado en su cocina, con el teléfono boca abajo en la mesa, y que no quiere ver su nombre al pie de una página.

CAMILLE. ¿Eso también lo escribo?

MARTHE. No.

(Camille no mueve el bolígrafo.)

MARTHE. Puedes escribir «la prefectura queda a disposición». Es verdad. Queda.

(Camille escribe. La radio crepita; una voz, unas cifras que no se distinguen.)

CAMILLE. El equipo del aliviadero pregunta si se quedan allí.

MARTHE. Se quedan.

CAMILLE. Preguntan hasta cuándo.

MARTHE. Hasta que yo los llame.

CAMILLE. Aliviadero, aquí ayuntamiento. Permanezcan en su puesto. La alcaldesa les volverá a llamar. Cambio y corto.

(La radio crepita.)

CAMILLE. Dicen que hace frío.

MARTHE. Tienen un camión, un termo y una estufa. Hay gente que solo tiene su tejado.

CAMILLE. No se lo repito.

MARTHE. No. No se lo repitas.

(Suena el teléfono fijo. Camille descuelga.)

CAMILLE. Ayuntamiento de Pontvieux, servicio de guardia. Sí. Sí, señor. Rue du Moulin, en los Prés-Neufs. Sí, la orden de evacuación vale para toda la calle.

(Un tiempo.)

CAMILLE. Lo entiendo. No, no puedo decirle si el agua va a llegar hasta su casa. Puedo decirle que los bomberos pasan con el megáfono y que hay camas en el polideportivo.

(Un tiempo.)

CAMILLE. Sí, el dique está calculado para siete metros cuarenta. Sí, eso es lo que dijo la alcaldesa.

(Camille tapa el auricular con la mano.)

CAMILLE. Dice que lo dijo usted misma, en la televisión, y que no ve por qué tendría que irse a dormir al polideportivo con su mujer y el perro si el dique aguanta.

MARTHE. Pásamelo.

(Camille le alarga el auricular.)

MARTHE. ¿Señor Ferrand? Marthe Aubry. Sí. Sí, lo dije. Lo volvería a decir. Coja al perro, coja a su mujer, coja el coche y váyase al polideportivo. No, no es un consejo. Gracias. Buenas noches.

(Cuelga.)

CAMILLE. ¿Va a ir?

MARTHE. Va a ir por darme el gusto, y me lo echará en cara durante diez años. Así es como se sabe que la gente está bien.

(Marthe vuelve al mapa. Pone un dedo en la orilla norte y lo desliza hasta el río.)

MARTHE. ¿Los Prés-Neufs?

CAMILLE. Los bomberos dicen doscientas diez casas vacías de cuatrocientas. Los demás no quieren irse o no contestan. Vuelven a pasar por las calles con el megáfono cada hora.

MARTHE. ¿Los Tilleuls?

CAMILLE. Han sacado a los que pueden andar. Quedan cuarenta y uno. Las ambulancias del hospital salieron a las diez, van haciendo viajes. Cuatro por viaje.

MARTHE. Diez viajes.

CAMILLE. Once. Hay una que no puede ir sentada.

(Un tiempo. Camille mira su móvil y lo pone boca abajo en la mesa.)

MARTHE. Tienes derecho a mirar el teléfono.

CAMILLE. No lo estaba mirando.

MARTHE. Lo miras desde las diez. Cada cuatro minutos. Yo también cuento.

(Un tiempo.)

CAMILLE. Mi padre se fue a las diez. Se fue a los Aulnes.

MARTHE. A los Aulnes. ¿A casa de quién?

CAMILLE. A casa de su madre.

(Marthe no contesta.)

CAMILLE. Encerró las vacas en el establo de arriba a las seis, volvió a casa, cenó de pie y dijo: «La vieja Odette sigue sola en su loma, voy a buscarla, y si hace falta me la traigo a la fuerza.» Cogió el tractor. A las diez y veinte me mandó un mensaje. Una palabra: «Llegué». Desde entonces, nada.

MARTHE. A mi madre no se la lleva nadie a la fuerza.

CAMILLE. Él tiene un tractor.

MARTHE. Yo estuve allí a las cuatro esta tarde, con el coche del ayuntamiento y dos bomberos. Estaba pelando patatas. Me preguntó si me quedaba a cenar. Le dije que el Vionne iba a pasar por encima de la carretera. Me dijo: «El Vionne pasa por encima de la carretera desde que nací, y nunca ha subido más arriba del segundo escalón.» Puso dos platos más, para los bomberos.

CAMILLE. Y usted se marchó.

MARTHE. Tenía una ciudad que evacuar.

(Un tiempo.)

CAMILLE. La carretera de los Aulnes está cortada desde las diez y media. Los gendarmes han puesto la barrera en el cruce del puente.

MARTHE. Lo sé.

CAMILLE. Entonces están los dos allí.

MARTHE. Están los dos en la loma. En la loma, el agua nunca ha pasado del segundo escalón. Ni en el cincuenta y cinco, ni en el ochenta y dos.

CAMILLE. En el ochenta y dos nadie había abierto el aliviadero.

MARTHE. En el ochenta y dos el aliviadero no existía.

(Un tiempo. La lluvia arrecia.)

CAMILLE. Si abrimos, ¿cuánto tarda el agua en llegar a la loma?

MARTHE. No lo sé.

CAMILLE. ¿No lo sabe?

MARTHE. No soy yo quien lo sabe. Quien lo sabe es Simon. Él hizo los cálculos, hizo los planos, conoce cada zanja de esta llanura mejor que las vacas de tu padre.

CAMILLE. ¿Y dónde está?

MARTHE. En el dique. Desde las cinco de la tarde. Él tampoco contesta.

(Vuelve a coger el móvil, marca un número, escucha. No se oye nada.)

MARTHE. Buzón de voz. Dice que a una máquina no se le habla.

CAMILLE. ¿Quiere que lo llame por radio?

MARTHE. No se ha llevado radio. Nunca se lleva radio. Dice que no le deja escuchar el agua.

(La radio vuelve a crepitar. Camille escucha y apunta.)

CAMILLE. Veintitrés diez. Escala del puente: cinco metros sesenta y uno.

MARTHE. Tres centímetros en diez minutos.

CAMILLE. Sí.

MARTHE. A las seis de la tarde eran dos centímetros.

CAMILLE. Sí.

MARTHE. No me digas que sí. Dime que me equivoco.

CAMILLE. No se equivoca.

(Se oye una puerta, abajo, y luego unos pasos pesados en la escalera.)

ESCENA 2

(Entra Simon. El impermeable abierto, barro hasta los muslos, una linterna frontal apagada colgada del cuello. Se queda junto a la puerta. El agua le chorrea sobre el parqué.)

SIMON. Hay que abrir.

MARTHE. Buenas noches, Simon.

SIMON. Hay que abrir antes de las tres.

MARTHE. Siéntate.

SIMON. Lo voy a poner todo perdido de barro.

MARTHE. Es parqué de 1890, ha visto cosas peores que tú. Siéntate.

(No se sienta. Camille le alarga el termo. Él bebe a morro, largo rato.)

SIMON. Gracias. Camille. ¿Te toca la noche?

CAMILLE. Hasta las ocho.

SIMON. Nadie hace la noche hasta las ocho. La noche se hace hasta que la noche se acaba.

MARTHE. ¿Los Saules?

SIMON. En los Saules, del lado del campo, hay borbotones. En la hierba, al pie del dique, a diez, quince metros. El agua sale de la tierra como de una olla. Sale turbia. Arrastra arena.

CAMILLE. ¿Y qué quiere decir, la arena?

SIMON. Quiere decir que el agua no pasa a través del dique. Pasa por debajo. Ha encontrado un camino. Y cada grano de arena que se lleva es el camino que se ensancha. Un borbotón claro, se vigila. Un borbotón que arrastra arena, se cuenta. A las seis tenía tres. A las diez, nueve. Cuando me he venido, he dejado de contar.

MARTHE. ¿Habéis puesto sacos?

SIMON. Hemos hecho círculos de sacos alrededor de cada uno, para que el agua suba por dentro y empuje contra sí misma. Los de obras están allí, llenando sacos a la luz de los camiones. Eso frena. No arregla nada.

MARTHE. En el noventa y cuatro hubo borbotones en los Saules.

SIMON. Sí.

MARTHE. En 2016 también. Me hiciste ir con botas, a medianoche, para enseñármelos. El dique aguantó.

SIMON. En 2016 teníamos cinco metros ochenta en el puente. Esta mañana vamos a tener siete metros diez.

MARTHE. El dique está calculado para siete metros cuarenta. Está escrito. Lo he leído cien veces, lo dije en la televisión regional en 2018, se lo dije a la gente de los Prés-Neufs cuando les daba miedo comprar. Siete metros

cuarenta. Son treinta centímetros de margen.

SIMON. En los Saules no.

MARTHE. Los Saules son parte del dique.

SIMON. En los Saules no, Marthe.

(Un tiempo.)

MARTHE. ¿Cuánto?

SIMON. Seis ochenta. Seis noventa. No lo sé. Nadie lo sabe, a partir de cierto número de borbotones. Al ritmo de esta noche, llegaremos hacia las seis, antes de que se haga de día. Puede aguantar hasta la mañana y romper a las siete menos cinco. Puede romper dentro de una hora.

(Marthe va hacia el mapa.)

MARTHE. ¿Y si abrimos a las tres?

SIMON. Le quitamos sesenta, setenta centímetros al puente en el momento del pico. Nos quedamos por debajo de seis cincuenta. Los Saules aguantan.

MARTHE. ¿Y la llanura?

SIMON. La llanura recibe lo que le damos. Para eso la diseñamos.

CAMILLE. ¿Cuánto tiempo, hasta la loma?

(Simon mira a Camille.)

SIMON. Hora y media hasta la parte baja de los Aulnes. Dos horas hasta el pie de la loma. Después sube deprisa, porque la llanura es una cubeta: casi un metro por hora, hasta que se llena.

CAMILLE. Llena, ¿cuánto es eso, en la casa?

SIMON. Dos metros diez al pie de la pared de la cocina.

MARTHE. El segundo escalón.

SIMON. El techo de la cocina.

(Un tiempo.)

MARTHE. ¿Y el desván?

SIMON. El desván se queda en seco. El suelo está a dos metros sesenta. Lo medí. ¿Te crees que no lo he medido?

MARTHE. Ya no sube la escalera. Desde lo de la cadera, no. Duerme en el comedor, en el sofá. Lo sabes, la cama la bajaste tú mismo.

SIMON. Lo sé.

MARTHE. Entonces lo que me pides es que mande dos metros de agua a una habitación donde duerme una mujer de ochenta y seis años que ya no sube los escalones.

SIMON. Te pido que abras el aliviadero antes de que el dique se abra solo. Cuando el dique se abre solo, no son dos metros en dos horas. Es un muro. Y detrás de los Saules no hay llanura. Están los Prés-Neufs. Está la escuela. Están los Tilleuls.

CAMILLE. Quedan cuarenta y un residentes en los Tilleuls.

SIMON. ¿Lo ves?

CAMILLE. Y está mi padre, en los Aulnes.

(Simon se vuelve hacia Camille.)

SIMON. ¿Yann?

CAMILLE. Fue a buscar a su madre a las diez. No ha vuelto.

SIMON. ¿Está en la casa?

CAMILLE. Escribió «Llegué». Después cortaron la carretera.

(Por fin Simon se sienta, en la punta de la mesa.)

SIMON. Siempre ha sido así. De pequeños, era él quien venía a buscarnos al hielo, cuando nos alejábamos demasiado en la charca.

MARTHE. Simon.

SIMON. Me llevaba a la espalda. Tenía doce años y me llevaba a la espalda hasta casa.

MARTHE. Simon. El reglamento.

SIMON. ¿Qué pasa con el reglamento?

MARTHE. El reglamento del aliviadero. Artículo cuatro. «La apertura la ordena la alcaldesa de Pontvieux, previo dictamen escrito del ingeniero del dique.» Dictamen escrito. Fuiste tú quien se empeñó en esa frase. Decías que la alcaldesa no tenía ni idea y que no se iban a inundar once granjas por una llamada de teléfono.

SIMON. Eso decía.

MARTHE. Pues escríbelo. Coges una hoja y escribes: «El dique no aguantará en los Saules por encima de seis metros ochenta», pones la fecha, firmas, y yo llamo al camión del aliviadero.

(Camille arranca una hoja del bloc y la pone delante de Simon con un bolígrafo. Simon mira la hoja.)

SIMON. Te lo estoy diciendo. Estoy aquí y te lo digo.

MARTHE. Me lo dices. El reglamento no pide que me lo digas. Pide que lo escribas.

SIMON. Si escribo eso, me preguntarán por qué.

MARTHE. ¿Quién?

SIMON. Todo el mundo. Mañana. La gente de los Aulnes. Los seguros. La prefectura, que queda a tu disposición. Me preguntarán por qué un dique calculado para siete metros cuarenta no aguanta a seis ochenta. Y tendré que contestar.

MARTHE. ¿Y por qué no aguanta?

(Simon no contesta. Deja el bolígrafo junto a la hoja, bien recto.)

MARTHE. Simon. ¿Por qué no aguanta?

(Suena el teléfono fijo. Nadie se mueve. Vuelve a sonar. Camille descuelga.)

CAMILLE. Ayuntamiento de Pontvieux, servicio de guardia. Sí. Sí, está aquí. No cuelgue.

(Camille le alarga el auricular a Marthe.)

CAMILLE. Es su madre.

(Oscuro.)

ACTO II : MEDIANOCHE

ESCENA 1

(La misma sala. Marthe al teléfono fijo, de pie, con el cable tirante. Simon sentado en la punta de la mesa, con la hoja en blanco delante. Camille ante el registro. La lluvia.)

MARTHE. Mamá. Sí, soy yo. Sí, estoy en el ayuntamiento.

(Un tiempo.)

MARTHE. No, no duermo aquí. Esta noche no duermo en ninguna parte.

(Un tiempo.)

MARTHE. ¿Está Yann ahí? Pásamelo.

(Un tiempo.)

MARTHE. Está dormido. En el sillón de papá. Bueno. Déjalo dormir. Escúchame. No, escúchame tú a mí, por una vez. El Vionne está a cinco metros setenta y cinco en el puente.

(Un tiempo.)

MARTHE. Ya sé que tienes la radio. Ya sé que la oyes mejor que yo.

(Un tiempo.)

MARTHE. Sí. El aliviadero. No he decidido nada. Mamá. No he decidido nada.

(Un tiempo.)

MARTHE. Yo nunca te he dicho eso. Te dije que mientras yo fuera alcaldesa...

(Un tiempo. Cierra los ojos.)

MARTHE. Sí. Lo dije. En la cocina, por Todos los Santos, hace veinte años. Me acuerdo.

(Un tiempo.)

MARTHE. No firmaste, ya lo sé. Eres la única. Lo sabe todo el mundo, te pasaste seis años diciéndolo en el mercado. Pero eso no te protege, mamá. Una firma que falta no protege una casa. El agua no lee los convenios.

(Un tiempo.)

MARTHE. ¿Qué dices? Repítelo.

(Un tiempo.)

MARTHE. Si subes al desván... Ya sé que no puedes. Yann puede llevarte. Llevó a Simon a la espalda hasta casa, bien puede subirme por la escalera.

(Un tiempo.)

MARTHE. Está aquí, sí. Lleno de barro. No quiere sentarse en las sillas del pleno.

(Simon levanta la cabeza.)

MARTHE. Se lo diré.

(Un tiempo.)

MARTHE. Mamá. Las fotos. Los álbumes de papá, en el aparador, habría que subirlos.

(Un tiempo.)

MARTHE. Los has subido. ¿Cuándo?

(Un tiempo.)

MARTHE. En septiembre. Los subiste al desván en septiembre.

(Un largo tiempo.)

MARTHE. ¿Por qué en septiembre?

(Un tiempo. Marthe escucha largo rato. No dice nada.)

MARTHE. De acuerdo. Pásame a Yann cuando se despierte. Sí. Sí. Tú también.

(Cuelga. Mantiene la mano sobre el auricular.)

SIMON. ¿Qué tienes que decirme?

MARTHE. Que te pongas una camisa seca. Tienes en el armario de tu cuarto, te las ha planchado.

SIMON. ¿Qué más ha dicho?

MARTHE. Que Yann duerme en el sillón de papá. Que se ha tomado dos platos de sopa. Que ha querido meterla en el tractor y que ella le ha preguntado si la tomaba por un fardo de heno.

CAMILLE. Está dormido.

MARTHE. Está dormido, Camille. Ronca. Me lo ha puesto al teléfono para que lo oiga.

(Camille cierra el registro, lo vuelve a abrir, coge otra vez el bolígrafo.)

SIMON. ¿Y los álbumes?

MARTHE. En el desván desde septiembre. Con el retrato de papá, la caja de costura, las cartas. Todo lo que no se puede reponer. Le pidió al hijo de los Mercier que se los subiera.

SIMON. ¿Por qué en septiembre?

MARTHE. Se lo he preguntado.

SIMON. ¿Y?

MARTHE. Ha dicho: «Porque el día que Simon vino a medir el desván con su metro, yo todavía no estaba sorda.» Ha dicho: «Sois mis hijos, os lo leo en la cara.» Ha dicho: «Haz lo que tengas que hacer, Marthe. Siempre lo has hecho.»

(Un tiempo. La lluvia.)

SIMON. Vine a medir en julio. Le dije que era para el seguro.

MARTHE. Hizo como que te creía durante dos meses. Y en septiembre subió los álbumes.

ESCENA 2

(Marthe suelta el auricular. Se vuelve hacia Camille.)

MARTHE. Camille. En el segundo piso, el despacho de urbanismo, el armario gris del fondo. La llave está debajo de la maceta del ficus. Bájame el expediente del dique. «Recepción de las obras, 2006.» Unos archivadores azules. Hay tres. Coge los tres.

CAMILLE. ¿Ahora?

MARTHE. Ahora. Si abro, la prefectura querrá los papeles a las ocho. Si no abro, también los querrá, más tarde, y con otra gente alrededor de la mesa.

SIMON. No hace falta.

MARTHE. Tú no quieres escribir. Yo quiero leer.

SIMON. Ahí dentro no hay nada que leer que no te pueda decir yo.

MARTHE. Pues dímelo antes de que vuelva Camille.

(Camille coge una radio portátil de la mesa, duda, mira a Simon, luego a Marthe.)

CAMILLE. Si llama Moulins, lo oigo por aquí.

MARTHE. Ve.

(Camille sale. Se oyen sus pasos subir la escalera. Un tiempo.)

MARTHE. Tienes cinco minutos. El armario cuesta abrirlo.

SIMON. Lo sé. Fui yo quien lo cerró la última vez.

MARTHE. Los Saules.

SIMON. Los Saules nunca se hicieron.

(Un tiempo.)

MARTHE. Los hicimos en 2007.

SIMON. Los votamos en 2007. En marzo. Aquí, en esta mesa. Tú en la punta, yo de pie contra la pared, porque no era concejal, era el ingeniero, a mí no me daban silla. Trescientos metros de núcleo de arcilla. Cuatrocientos mil euros. Por unanimidad. Hubo aplausos. Gérard había traído espumoso.

MARTHE. Me acuerdo del espumoso.

SIMON. Y en octubre aprobaste una modificación presupuestaria.

(Un tiempo.)

MARTHE. La escuela.

SIMON. La escuela de los Prés-Neufs. Llegaban ciento veinte niños el curso siguiente y no había ni un aula donde meterlos. Dijiste: retrasamos los Saules un año. Los Saules han aguantado cien años, aguantarán uno más. Lo dijiste más o menos así.

MARTHE. ¿Y el año siguiente?

SIMON. El año siguiente, el Estado recortó las transferencias. Al otro, vino el polideportivo. Luego la depuradora, luego la rue du Marché. Después dejé de pedirlo.

MARTHE. Dejaste de pedirlo.

SIMON. Tú dejaste de hacerme la pregunta. No es lo mismo, pero viene a ser lo mismo. Cada año te mandaba el informe de inspección del dique. Cada año escribía al pie de la página tres: «Tramo de los Saules: obras previstas en 2006 no realizadas, vigilar.» Cada año firmabas el informe.

MARTHE. Yo leía tus informes.

SIMON. Firmabas la página uno. Diecinueve años. Diecinueve veces la página

uno. La página tres la escribí diecinueve veces para nadie.

(Marthe va a la ventana.)

MARTHE. ¿Y el acta? El acta de recepción de 2006 garantiza el dique hasta siete metros cuarenta. La tengo delante de los ojos desde hace veinte años, está enmarcada en el pasillo.

SIMON. La foto de la firma está enmarcada en el pasillo. El acta no.

MARTHE. Simon.

SIMON. El veintinueve de diciembre de 2006. Aquí. Nevaba. Su jefe de obra había escrito una reserva a mano, al pie de la última página: «Tramo de los Saules, núcleo no realizado.» Con esa reserva, no había subvención antes del treinta y uno. ¿Y sabes lo que miraste en ese momento? La reserva no. La ventana. Los Prés-Neufs bajo la nieve. Tus cuatrocientas casas, que todavía no eran más que un dibujo en un mantel de restaurante.

MARTHE. Yo nunca he dibujado en un mantel.

SIMON. Sí. En el Cheval Blanc, en 2004. Lo guardé.

(Un tiempo.)

MARTHE. Dije: levantamos la reserva y hacemos los Saules el verano que viene.

SIMON. Dijiste: «Simon, son trescientos metros. No vamos a dejar a cuatrocientas familias en la calle por trescientos metros.» Dijiste: «Te doy mi palabra.» Y yo cogí el bolígrafo, taché la reserva, escribí «reserva levantada» y puse mis iniciales. Tú pusiste las tuyas al lado. El jefe de obra nos miraba. No dijo nada. Solo volvió a ponerse el gorro.

MARTHE. Tenías treinta y dos años.

SIMON. Tenía treinta y dos años, tenía un título y sabía perfectamente lo que hacía. No me pongas la edad de excusa. Yo nunca la he usado.

(Un tiempo. Marthe vuelve hacia la mesa.)

MARTHE. ¿Te acuerdas de Pontvieux en 2001? ¿Cuando me eligieron? La escuela Jules-Ferry tenía dos aulas e iban a cerrar una. La panadería de la plaza llevaba cerrada desde el invierno. Había un cartel de «se vende» en una de cada tres casas de la Grand-Rue. Los jóvenes se iban a los dieciocho años y solo volvían para los entierros. Hice una lista, la primera semana, en este despacho: la gente que se iba a morir en los diez años siguientes. Ocupaba dos páginas. Una ciudad, Simon, no son casas. Es gente que llega más deprisa de lo que se va. Los Prés-Neufs eran la única tierra llana y seca que

teníamos. Seca, con la condición de un dique. Así que hice el dique. Traje a cuatrocientas familias. Hice reabrir la panadería, hice construir la escuela, y hoy hay tres aulas de infantil en Pontvieux y lista de espera en la guardería. No me arrepiento de una sola casa. Ni de una.

SIMON. No te he pedido que te arrepientas de las casas.

MARTHE. ¿Y qué me pides?

SIMON. Nada. Te digo por qué cede el dique. Me lo has preguntado dos veces.

(Un tiempo.)

SIMON. Compré en los Prés-Neufs en 2008. En la rue des Saules. ¿Te acuerdas de por qué?

MARTHE. Para que la gente viera que el ingeniero dormía detrás de su dique.

SIMON. Eso es lo que me dijiste que contestara al periódico. Yo lo hice para dormir detrás de los Saules. Si algún día tenía que romper, quería ser el primero en mojarme.

MARTHE. ¿Tu casa está vacía?

SIMON. Desde las seis. Le dejé el gato a la vecina, que se ha ido con él. No sé dónde está ella, ni el gato.

(Un tiempo.)

MARTHE. Escribe el dictamen.

SIMON. Marthe...

MARTHE. Escribe la cifra. «Riesgo de rotura en los Saules por encima de seis metros ochenta.» La fecha, la hora, tu firma. El porqué lo diremos mañana, a quien lo pregunte. Esta noche solo necesito la cifra.

SIMON. Mañana no les hará falta preguntárnoslo. Basta con abrir el armario gris.

MARTHE. Escribe la cifra, Simon.

SIMON. ¿Y tú? Si la escribo, ¿abres?

(Marthe no contesta.)

SIMON. ¿Lo ves? No es mi firma lo que te falta.

(Oscuro.)

ESCENA 3

(Vuelve la luz. Más tarde. Simon duerme, sentado en la punta de la mesa, con la cabeza sobre los brazos. Marthe, de pie ante el registro, escribe. Entra Camille, con un archivador azul abierto contra el pecho y la radio portátil en la otra mano. Camille deja el archivador abierto sobre la mesa. Simon se despierta.)

CAMILLE. No estaba en el armario gris. Había tres archivadores, el tercero estaba vacío. He abierto todos los cajones del segundo piso. Estaba en el antiguo despacho del dique, debajo de un montón de mapas.

MARTHE. Hace hora y media.

CAMILLE. También he leído. En la escalera.

(Un tiempo.)

CAMILLE. La luz de la escalera no funciona desde hace meses. He leído con la linterna del móvil. No debería haberlo hecho. Pero la página estaba marcada con un clip rojo, y cuando alguien pone un clip rojo, se lee.

SIMON. El clip es mío.

CAMILLE. «Tramo de los Saules: núcleo no realizado.» Está tachado. Al lado: «reserva levantada». Y dos veces unas iniciales. M. A. S. A.

(Camille vuelve el archivador hacia Marthe.)

CAMILLE. Aubry. Marthe Aubry. Simon Aubry.

MARTHE. Sí.

CAMILLE. Yo no sé leer un acta. Sé leer cotas y horas. Pero sé leer una palabra tachada.

(Un tiempo.)

CAMILLE. ¿Va a ceder?

SIMON. Sí.

MARTHE. Simon.

SIMON. Sí, Camille. Si no abrimos, cede. No sé a qué hora. Sé dónde.

CAMILLE. En los Saules.

SIMON. Detrás de mi casa.

CAMILLE. Y si abrimos, mi padre tiene dos metros de agua debajo del desván, con una señora que ya no sube los escalones.

SIMON. Sí.

CAMILLE. ¿Tiene otra respuesta que no sea sí?

SIMON. No.

(Camille se vuelve hacia Marthe.)

CAMILLE. ¿Y usted?

MARTHE. Tengo una ciudad de dos mil ochocientos habitantes, seiscientos de ellos todavía durmiendo detrás de los Saules porque no se creen el megáfono. Tengo cuarenta y un residentes en los Tilleuls y ambulancias que van y vienen. Tengo una casa en una loma con dos personas dentro. Eso no es una respuesta, Camille. Es una lista.

CAMILLE. Usted dio la cota en la televisión. Siete metros cuarenta. Mi padre tenía la tele encendida en la cocina. Subió el volumen. Dijo: «¿Ves? Marthe sabe lo que hace.»

MARTHE. Yo lo creía.

CAMILLE. ¿Qué creía? ¿Que la palabra tachada iba a volver a salir sola?

(Un tiempo. Marthe no contesta.)

SIMON. Camille. Fui yo quien tachó.

CAMILLE. Lo sé. He visto la letra. Es la misma que la de los carteles del dique, «prohibido aparcar en la coronación». Usted escribe los siete como en la escuela, con una raya en medio.

(La radio portátil crepita. Una voz, entrecortada.)

CAMILLE. Aquí ayuntamiento de Pontvieux, adelante. Repita, Moulins.

(La voz, más larga. Camille escribe en el dorso de la mano y luego lo pasa al registro.)

CAMILLE. Recibido. Cambio y corto.

CAMILLE. La una y cincuenta. Moulins-la-Roche, siete metros cero cinco. Ha habido una tormenta en la cabecera de la cuenca, no lo vieron venir. Dicen que el pico llega antes y más alto. A las seis. Siete metros veinticinco en el puente.

(Un tiempo.)

CAMILLE. Y el puente, ahora mismo: seis metros cero ocho.

(Simon se levanta y va al mapa. Cuenta con los dedos, sin decir nada. Marthe y Camille lo miran.)

SIMON. Los Saules a seis ochenta hacia las cinco y media. Puede que antes. Para que la llanura tenga tiempo de llenarse antes de que los Saules cedan, hay que abrir a las cinco. Como muy tarde.

MARTHE. Decías a las tres.

SIMON. Las tres era para que les diera tiempo a subir al desván. Las cinco es por el dique.

(Un tiempo.)

MARTHE. Me quedan tres horas.

SIMON. Te queda una hora para ellos. Después solo te quedará el dique.

CAMILLE. ¿Una hora para hacer qué? No pueden salir. La carretera está bajo el agua, el tractor no va a pasar el vado.

MARTHE. Una barca.

SIMON. Marthe.

MARTHE. Una barca de fondo plano pasa por cualquier sitio donde haya cuarenta centímetros de agua. La carretera de los Aulnes son cuarenta centímetros, puede que sesenta. Los bomberos tienen tres barcas. Camille, llama al parque de bomberos. Quiero una barca para la loma de los Aulnes. Ahora mismo.

CAMILLE. Tienen las tres en los Prés-Neufs. Para la gente que no se ha creído el megáfono.

MARTHE. Pues que cojan una de los Prés-Neufs y la manden a los Aulnes. Son mis barcas, es mi municipio, es mi madre. Llama.

(Camille descuelga el fijo y marca. Simon mira a Marthe.)

SIMON. Si coges una barca de los Prés-Neufs para ir a buscar a mamá, también habrá que decirlo, mañana.

MARTHE. Mañana lo diré todo. Todo lo que quieras. Esta noche quiero una barca.

CAMILLE. ¿Parque de bomberos? Ayuntamiento de Pontvieux. La alcaldesa pide una barca para la loma de los Aulnes. Dos personas, una de ellas no puede

andar. Sí. Espero.

(Camille espera, con el auricular pegado a la oreja. Marthe y Simon no se miran. La lluvia.)

(Oscuro.)

ACTO III : LAS TRES Y MEDIA

ESCENA 1

(La misma sala. En la mesa, el archivador azul, vasos de plástico, tres hojas arrugadas. Simon, en camiseta, con el impermeable colgado del respaldo de una silla, escribe en una cuarta hoja. Camille ante el registro, con el auricular del fijo al lado, descolgado. La lluvia, más fina.)

CAMILLE. Las tres y veinticinco. Seis metros treinta y cuatro.

(Camille escribe. Simon arruga la hoja y coge otra.)

CAMILLE. Es la quinta.

SIMON. Sé contar.

CAMILLE. ¿Cuánto tiempo dijo la alcaldesa?

SIMON. El tiempo de hablar con el jefe del parque de bomberos. Ha venido en persona, está abajo, en el vestíbulo. Están los dos de pie delante del mapa de los bomberos, y ella le hace preguntas que él ya le ha contestado por teléfono.

CAMILLE. ¿Por qué?

SIMON. Porque de pie delante de un mapa se puede decir que no durante más tiempo.

(Un tiempo. Camille cuelga el auricular.)

CAMILLE. Mi padre firmó el convenio. En 2006.

SIMON. Firmó todo el mundo.

CAMILLE. Su madre no.

SIMON. Mi madre no.

CAMILLE. Cobró la indemnización. Con ella compró el establo de arriba, en la cuesta, para tener a los animales en seco por si algún día. Decía: «Es

dinero que nos dan por una cosa que no va a pasar nunca.» Decía que la alcaldesa lo había prometido en el salón de actos.

SIMON. Ella no lo prometió. Dijo «en caso de crecida excepcional». Lo dijo tres veces. Nadie oyó «excepcional».

CAMILLE. Yo estuve allí.

SIMON. ¿En el salón de actos?

CAMILLE. Tenía cuatro años. Me acuerdo de una tarta de manzana, de unas sillas de hierro que hacían ruido, y de un hombre de pie que enseñaba un mapa con toda la llanura pintada de azul.

SIMON. Era yo. El azul era yo.

CAMILLE. Usted tenía pelo.

SIMON. Tenía pelo.

(La radio crepita. Una voz, unas cifras. Camille apunta sin levantar la cabeza.)

CAMILLE. Las tres y treinta y cinco. Seis metros treinta y siete.

(Un tiempo.)

SIMON. Lo pinté a mano, ese mapa, la víspera, con rotulador. Once granjas. El Gué, la vuestra. La Grange-Basse, la de los Mercier. El Moulin-Neuf. Los Trois-Chênes. La granja Rousseau. La Pâtur. Las dos Bordes, la grande y la pequeña. La Croix. La Saulaie. Y la loma. Dejé la loma en blanco, en medio, un redondel blanco. Tu madre...

CAMILLE. Mi madre se fue cuando yo tenía seis años.

SIMON. Perdona.

CAMILLE. No podía saberlo. Usted ya vivía en la rue des Saules.

(Un tiempo.)

CAMILLE. Después, al salir del colegio, iba a casa de su madre. El autobús me dejaba en el cruce, yo subía la loma a pie, y ella me esperaba en la cocina. Hice los deberes en su hule durante diez años. Me hacía recitar las tablas con nueces. Una nuez por cada respuesta buena. Decía que iba a acabar con dientes de roedor.

SIMON. A nosotros nos hacía lo mismo.

CAMILLE. Me habló de usted. El pequeño que lo medía todo. Que medía la

altura del agua en la zanja con una regla de costurera, todas las mañanas, y lo apuntaba en una libreta.

SIMON. Todavía la tengo, la libreta.

CAMILLE. Decía: «Simon siempre sabe dónde estará el agua. Marthe siempre sabe dónde estará la gente.»

(Simon deja el bolígrafo.)

SIMON. ¿Eso decía?

CAMILLE. Muchas veces. También decía que usted no iba a verla lo bastante.

SIMON. Eso ya lo sabía.

(La radio crepita. Camille apunta.)

CAMILLE. Las tres y cuarenta y cinco. Seis metros treinta y nueve. Queda una hora y cuarto.

(Un tiempo.)

CAMILLE. Si sale la barca, voy.

SIMON. No va a salir.

CAMILLE. Si sale.

SIMON. Si sale una barca, el que va soy yo. Conozco el camino por los setos. Sé dónde están las cercas bajo el agua, dónde está la zanja, dónde gira la corriente. Tú te quedas con el registro.

CAMILLE. ¿Por qué?

SIMON. Porque hace falta alguien que escriba la hora.

CAMILLE. Cualquiera puede escribir la hora.

SIMON. No. Ni ella ni yo. Ya no. A partir de esta noche, cada vez que ella o yo escribamos una hora, alguien se preguntará si es la verdadera. A ti te creerán.

CAMILLE. Yo no he pedido que me crean.

SIMON. Nadie pide eso.

(Un tiempo. Camille mira la hoja que Simon tiene delante.)

CAMILLE. ¿Qué está escribiendo, que le lleva cinco hojas?

SIMON. La cifra. La cifra es una línea. Lo que no consigo escribir es lo que viene después de la cifra.

CAMILLE. ¿Y si no abre? ¿Si espera la barca, y la barca no sale?

SIMON. Entonces los Saules romperán.

CAMILLE. Puedo llamar al aliviadero. Están a tres kilómetros, tienen la radio, esperan una orden. Digo: «Aquí ayuntamiento, apertura.» Y abren.

SIMON. No abrirán por tu voz. Necesitan la orden firmada por la alcaldesa, leída por radio con la hora y el número. Artículo seis.

CAMILLE. Su reglamento.

SIMON. Mi reglamento. Lo escribí para que nadie pudiera inundar la llanura por su cuenta, en plena noche, en un arrebató.

CAMILLE. Y esta noche nadie puede salvar la llanura por su cuenta. Ni la ciudad. Tiene que ser ella.

SIMON. Tiene que ser ella.

CAMILLE. ¿También lo escribió para eso?

SIMON. No. Pero es lo que hace.

(Se oyen pasos en la escalera. Simon vuelve a coger el bolígrafo.)

ESCENA 2

(Entra Marthe. Lleva el abrigo sobre los hombros, mojado. Va directamente al mapa.)

SIMON. ¿Y bien?

MARTHE. Dice que no.

CAMILLE. ¿Para la barca?

MARTHE. Dice que el Vionne ya pasa por la zanja de los Aulnes. Que en la carretera ya no son cuarenta centímetros de agua, son cuarenta centímetros de río, con corriente y con troncos. Ha perdido una barca hace un rato en los Prés-Neufs, contra un poste, dos hombres al agua, los han sacado. Dice que no meterá una barca en la llanura antes de que se haga de día.

SIMON. Tiene razón.

MARTHE. Ya sé que tiene razón. No le he pedido que tenga razón.

SIMON. Dame la barca, voy yo. Conozco los setos.

MARTHE. No te va a dar una barca. Se lo he pedido. Le he dicho que conoces los setos. Me ha dicho que los setos, a estas horas, están a dos metros bajo el agua en las hondonadas y que ahí es donde volcó su barca. Me ha dicho: «Señora alcaldesa, no voy a dejar que ahogue usted a su hermano para salvar a su madre. Elija una sola persona que perder esta noche, ya es mucho.»

(Un tiempo.)

CAMILLE. ¿Eso le ha dicho?

MARTHE. Lleva treinta años en el oficio. Tiene derecho.

SIMON. ¿A qué hora, una barca?

MARTHE. A las seis. Cuando los Prés-Neufs estén vacíos. Si hay bastante luz.

SIMON. Las seis es demasiado tarde.

MARTHE. ¿Para quién?

SIMON. Para todos. A las seis, si no has abierto, ya no habrá dique en los Saules. Y si has abierto, el agua estará en la cocina antes que la barca.

MARTHE. Dijiste «puede».

SIMON. ¿Qué?

MARTHE. Antes. Dijiste «seis ochenta, seis noventa, no lo sé». Dijiste: «Puede aguantar hasta la mañana.» Te oí.

SIMON. También dije que podía romper dentro de una hora.

MARTHE. El dique aguantó en 2016 con borbotones. Aguantó en el noventa y cuatro. Aguenta desde hace cien años, con o sin tu arcilla. Si espero a las seis. Si la barca sale a las seis, si los trae, y abro a las seis y cuarto...

SIMON. A las seis y cuarto, abrir el aliviadero ya no servirá de nada. La llanura no tendrá tiempo de llenarse antes del pico. Inundarás los Aulnes, y los Saules romperán igual. Los Aulnes y los Prés-Neufs. Las dos cosas.

MARTHE. Si el dique aguanta.

SIMON. No aguantará.

MARTHE. No tienes ni idea. Lo acabas de decir, no tienes ni idea.

SIMON. Sé que en los Saules no hay arcilla. Lo sé porque taché la frase que lo decía. Y ahora tú también lo sabes. Ya no puedes hacer como si no lo

supieras.

MARTHE. Yo no estoy fingiendo nada.

SIMON. Haces exactamente lo mismo que en 2006. Buscas la cifra que te conviene y me pides que la firme.

MARTHE. Pues dame otra, de cifra. El aliviadero tiene seis compuertas. ¿Y si abro tres?

SIMON. Tres compuertas.

MARTHE. Tres compuertas. La mitad del agua en la llanura. La mitad de altura en la loma. Un metro en vez de dos. Un metro es la cocina, no es el techo. Y el puente baja treinta centímetros en vez de sesenta. Treinta centímetros, Simon, eso nos pone por debajo de tu seis ochenta.

(Simon va al mapa. Mira largo rato, sin contestar.)

SIMON. No.

MARTHE. No lo has calculado.

SIMON. Lo calculé en 2005. Lo calculé en julio, en el desván. Lo he calculado hace un rato en el dique, de rodillas en el barro, con la linterna. Con tres compuertas, la llanura se llena más despacio, pero se llena igual hasta el mismo nivel, porque la llanura es una cubeta. Solo tarda más. Un metro en la loma hacia las siete, dos metros hacia las diez. Y mientras tanto el puente solo baja veinte centímetros. Los Saules no aguantan con veinte centímetros.

MARTHE. ¿Estás seguro?

SIMON. Estoy seguro de la cubeta. La cubeta es geografía. No fui yo quien la tachó.

(Un tiempo.)

SIMON. A medias, inundas la llanura y no salvas nada.

(Un tiempo. Marthe se sienta.)

CAMILLE. Las cuatro menos cinco. Seis metros cuarenta y uno.

(Un tiempo.)

CAMILLE. Llámelos.

MARTHE. ¿Qué?

CAMILLE. Llame a la casa. Ya están despiertos. Con la radio, con la lluvia, están despiertos. Antes de decidir nada, llámelos. Se lo debe. Yo se lo debo a mi padre.

(Marthe mira a Camille. Luego coge el móvil y marca. Se oye el tono, dos veces, y luego descuelgan.)

MARTHE. ¿Yann? Soy Marthe.

(Un tiempo.)

MARTHE. Sí. Me lo ha dicho. Me ha dicho que roncabas.

(Un tiempo.)

MARTHE. Escúchame. Tienes que subirla al desván. Ya. No dentro de una hora, ya.

(Un tiempo.)

MARTHE. Ya sé que no quiere. La coges en brazos y la subes. Pesa cuarenta kilos. Te morderá, te llamará de todo, tú la subes.

(Un tiempo.)

MARTHE. ¿En la escalera? ¿Sentada?

(Un tiempo.)

MARTHE. ¿En qué escalón?

(Un largo tiempo.)

MARTHE. Pásamela.

(Un tiempo.)

MARTHE. No quiere hablar conmigo. Bueno. No, no la obligues. A eso no la obligues.

(Un tiempo.)

MARTHE. Sí. Camille está aquí. Espera.

(Le alarga el móvil a Camille. Camille lo coge.)

CAMILLE. Papá.

(Un tiempo.)

CAMILLE. Sí. En el ayuntamiento. Hasta la mañana.

(Un tiempo.)

CAMILLE. Lo sé. He visto el mensaje. Una palabra, papá. «Llegué.» ¿No podías escribir dos?

(Un tiempo.)

CAMILLE. ¿Dónde está, exactamente?

(Un tiempo.)

CAMILLE. Con el abrigo. Y con el bolso. En el segundo escalón.

(Un tiempo.)

CAMILLE. Entonces sube tú. Sube al desván, por lo menos tú. Papá. Escúchame. Si abrimos...

(Un largo tiempo. Camille escucha. Camille no dice nada.)

CAMILLE. De acuerdo.

(Un tiempo.)

CAMILLE. Se lo digo. Sí. Yo también.

(Camille le devuelve el móvil a Marthe, que lo coge sin mirar a Camille.)

MARTHE. ¿Qué ha dicho?

CAMILLE. Dice que el establo de arriba está en seco. Que los animales están en seco. Que su madre se ha puesto el abrigo, que ha cogido el bolso, que se ha sentado en el segundo escalón de la escalera y que de ahí no se va a mover. Dice que ahí es donde se para el agua. Dice que él se quedará con ella, en el escalón de arriba.

MARTHE. ¿Y?

CAMILLE. Dice que abran.

(Un tiempo.)

CAMILLE. Dice: «Dile a Marthe que abra. Para eso cobramos el dinero.»

(Un largo tiempo. La lluvia. Marthe se levanta.)

ESCENA 3

(Marthe va a la mesa. Tiende la mano hacia Simon. Simon le da la hoja que estaba escribiendo. Ella la lee, de pie.)

MARTHE. Léela.

SIMON. Ya la has leído.

MARTHE. Léela en voz alta. Camille la pasará al registro.

(Simon vuelve a coger la hoja.)

SIMON. «Pontvieux, veintiséis de marzo, cuatro y doce. Dictamen del ingeniero del dique. Por encima de seis metros ochenta en la escala del puente, la rotura del dique es probable en el tramo de los Saules, cuyo núcleo de arcilla nunca se realizó, contrariamente a lo que indica el acta de recepción del veintinueve de diciembre de 2006. Dictamen: apertura inmediata del aliviadero de los Aulnes. Simon Aubry, ingeniero.»

(Un tiempo. Camille escribe.)

MARTHE. «Contrariamente a lo que indica.»

SIMON. Es lo que venía después de la cifra.

MARTHE. Está bien escrito.

SIMON. He tenido cinco hojas para practicar.

(Firma. Deja la hoja delante de Marthe.)

MARTHE. Camille. Una página nueva.

CAMILLE. Ya está.

MARTHE. Orden número...

CAMILLE. Nunca ha habido una orden antes.

MARTHE. Entonces, número uno.

(Camille escribe. Marthe dicta, despacio. Camille repite a media voz, mientras escribe.)

MARTHE. «Orden de apertura número uno. Veintiséis de marzo, cuatro y diecinueve. Visto el reglamento del aliviadero de los Aulnes, artículo cuatro. Visto el dictamen escrito del ingeniero del dique de las cuatro y doce. La alcaldesa de Pontvieux ordena la apertura total del aliviadero de los Aulnes.»

CAMILLE. «Total.»

MARTHE. Total. A medias, se inunda la llanura y no se salva nada.

CAMILLE. «Total.» ¿Y después?

MARTHE. Después, nada. La firma.

SIMON. Firmo contigo.

MARTHE. No.

SIMON. En 2006 firmamos los dos.

MARTHE. En 2006 el reglamento no existía. Artículo cuatro: «la ordena la alcaldesa». No «la alcaldesa y su hermano». Tú has dado tu dictamen. Esto es mi orden.

SIMON. Marthe.

MARTHE. Querías que nadie pudiera inundar la llanura por su cuenta. Lo has conseguido. No la inundo yo sola. Pero soy yo quien la inunda.

(Camille vuelve el registro hacia Marthe. Marthe coge el bolígrafo de Camille.)

MARTHE. ¿Es tuyo, este bolígrafo?

CAMILLE. Es el del ayuntamiento.

MARTHE. Bien.

(Firma. Deja el bolígrafo junto al registro. No retira la mano.)

MARTHE. Léeselo.

(Camille coge la radio.)

CAMILLE. Aliviadero, aquí ayuntamiento de Pontvieux. Orden de apertura número uno, cuatro y diecinueve. La alcaldesa ordena la apertura total del aliviadero de los Aulnes. Repito. Apertura total. Confirmen.

(La radio crepita. Una voz, unas pocas palabras.)

CAMILLE. Sí. Firmada. Con el dictamen del ingeniero.

(La radio vuelve a crepitar. Una pregunta, más larga. Camille no contesta enseguida. Camille mira a Marthe.)

CAMILLE. Preguntan si se ha evacuado la loma.

MARTHE. Diles la verdad.

CAMILLE. No. La loma no se ha evacuado. Hay dos personas en la casa. La orden se mantiene. Cambio y corto.

(Un tiempo. La radio se calla.)

(Luego, a lo lejos, una sirena. Una nota larga, que sube y se queda. Se oye a través de la lluvia.)

(Nadie se mueve.)

SIMON. La parte baja de los Aulnes en media hora. La zanja lleva agua desde las tres, la llanura ya tiene agua.

MARTHE. Lo sé.

SIMON. La loma en una hora. No dos.

MARTHE. Lo sé, Simon.

(La sirena se calla. Ya solo se oye la lluvia.)

CAMILLE. Las cuatro y veintidós. Seis metros cuarenta y seis.

(Camille escribe.)

(Oscuro.)

ACTO IV : EL ALBA

ESCENA 1

(La misma sala. Una luz gris entra por las ventanas. El registro abierto, sin nadie delante. Marthe de pie, junto a la ventana. Entra Simon, otra vez cubierto de barro, con la linterna frontal encendida en la frente. La apaga.)

SIMON. Los Saules han aguantado.

(Marthe no se vuelve.)

SIMON. Los borbotones dejaron de crecer hacia las cinco y media. A las seis, el agua salía clara. Los de obras duermen en el camión, encima de los sacos. El puente está a seis metros cincuenta y ocho. Baja desde las seis menos cuarto.

MARTHE. Me lo ha dicho Camille.

SIMON. ¿Dónde está Camille?

MARTHE. Abajo, con el jefe del parque. Están contando a la gente de los Tilleuls.

(Un tiempo.)

SIMON. ¿Y la casa?

MARTHE. El fijo no suena desde las cinco y media. Daba tono sin que nadie lo cogiera, y luego ya nada. El router está en la entrada, en el suelo.

SIMON. ¿Y Yann?

MARTHE. Buzón de voz.

(Un tiempo. Simon se acerca a ella, a la ventana.)

MARTHE. Desde aquí se ve la llanura. No lo sabía. Veinticinco años en este despacho, y nunca me había dado cuenta de que desde aquí se veía la llanura. Tiene que haber agua encima.

SIMON. Es la luz. Devuelve el cielo.

MARTHE. ¿Dónde está el redondel blanco?

(Simon señala con el dedo, a través del cristal.)

SIMON. Ahí. A la izquierda del chopo. El cuadrado oscuro es el tejado de la casa. Se ve la chimenea.

MARTHE. ¿Echa humo?

SIMON. No.

(Un tiempo.)

MARTHE. ¿Te acuerdas de la marca?

SIMON. En el segundo escalón.

MARTHE. La raya roja. La pintó el abuelo después del cincuenta y cinco, con la pintura del tractor, y papá la repasaba cada primavera. Ella tenía quince años, en el cincuenta y cinco. Nos contaba que su padre había subido el cerdo por la escalera, con el cerdo en brazos, y que el cerdo estuvo chillando toda la noche en el rellano. Y que por la mañana el agua estaba ahí. Justo ahí, en el borde de la raya.

SIMON. Yo la medía todos los domingos. Con la regla de costurera. Doce centímetros por encima del primer escalón. Doce centímetros. Siempre. No entendía por qué me salía siempre lo mismo, tenía siete años, creía que el agua iba a volver y que la raya se movería.

MARTHE. Se ha sentado encima. Encima de la raya.

SIMON. Lo sé.

MARTHE. Con su bolso. ¿Qué lleva en el bolso, Simon? ¿Qué se mete una en el bolso para sentarse en una escalera?

SIMON. Las gafas. El rosario, que ya no reza. Los papeles de la casa.

MARTHE. Los papeles de la casa.

SIMON. Siempre los ha llevado en el bolso. Desde el convenio. Decía: «Si un día vienen a pedirme que firme, quiero poder enseñarles que es mía.»

(Un tiempo.)

SIMON. Voy a la prefectura a las nueve. Con el archivador.

MARTHE. Vamos a la prefectura a las nueve.

SIMON. Tú no tachaste nada. Es mi letra.

MARTHE. Puse mis iniciales al lado. Y en octubre de 2007, fui yo quien presentó la modificación presupuestaria. Ese día tampoco te dio nadie una silla.

SIMON. Vas a perder la alcaldía.

MARTHE. La alcaldía no es mía. Solo la he guardado mucho tiempo.

(Un tiempo.)

SIMON. El jefe del parque echa una barca al agua a las siete. La corriente ha bajado, ya es de día. Me voy con ellos.

MARTHE. ¿Ahora sí quiere?

SIMON. Es de día. Y le he dicho que no le estaba pidiendo permiso.

(Un tiempo.)

SIMON. Ven conmigo.

MARTHE. ¿En la barca?

SIMON. Hay sitio. El jefe no dirá nada.

MARTHE. El jefe dirá que la alcaldesa dejó su ayuntamiento una mañana de riada para ir a buscar a su madre. Y tendrá razón. Tengo que quedarme donde me puedan encontrar. La gente de los Prés-Neufs va a volver a casa a las

ocho, van a ver sus sótanos, van a llamar aquí. Alguien tiene que descolgar, y tengo que ser yo.

SIMON. Camille puede descolgar.

MARTHE. Camille ha descolgado toda la noche.

(Un tiempo.)

SIMON. La libreta. La de la zanja, y las que vinieron después. Cuarenta años de mediciones, y mis copias de los diecinueve informes, con la página tres. En mi despacho, en el dique, en el cajón de la izquierda.

MARTHE. ¿Por qué me dices eso?

SIMON. A las nueve querrán saber desde cuándo lo sabía yo. Está todo ahí, fechado, de mi puño y letra. Si la barca me retiene allí, llévaselo todo. No dejes que tengan que buscarlo.

(Vuelve a ponerse el impermeable. Enciende la linterna frontal, la apaga.)

MARTHE. Simon.

SIMON. ¿Sí?

MARTHE. Ponte una camisa seca, al llegar. En el armario de tu cuarto. Tu cuarto está arriba, bajo el tejado, estarán secas. Te las ha planchado.

SIMON. Lo sé.

(Sale. Marthe se queda en la ventana.)

ESCENA 2

(Entra Camille, con dos vasos de café en la mano. Camille deja uno en el alféizar, junto a Marthe, y va al registro con el otro.)

CAMILLE. Simon se ha ido con la barca.

MARTHE. Lo sé.

CAMILLE. Los Tilleuls están vacíos. La última ambulancia salió a las cinco y diez. Cuarenta y uno de cuarenta y uno. La señora que no podía ir sentada está en el hospital, ha pedido la dentadura, se la olvidaron, alguien ha vuelto a por ella. En los Prés-Neufs hay agua en los sótanos, en la rue des Saules y en la rue du Moulin. En las calles no. La escuela está seca.

MARTHE. La escuela está seca.

CAMILLE. Lo he apuntado.

(Un tiempo. Marthe no toca el café.)

MARTHE. Siéntate, Camille.

CAMILLE. Estoy con el registro.

MARTHE. Un registro se lleva muy bien desde una silla. Los que llevaron este registro antes que tú lo llevaban sentados. Los ha habido durante setenta años. Está el registro del cincuenta y cinco, en el archivo, al lado del armario gris. Ya verás, la letra se va inclinando cada vez más a medida que se acerca la mañana.

(Camille se sienta.)

MARTHE. ¿Qué decía de mí?

CAMILLE. ¿Quién?

MARTHE. En su cocina. Mientras hacías los deberes. Con las nueces.

(Un tiempo.)

CAMILLE. Recortaba sus artículos. Del periódico. Cuando salía su foto, en una inauguración, delante de una cinta. Los recortaba con las tijeras de trinchar el pollo, porque las tijeras de costura no se tocaban. Los guardaba en la caja de costura, debajo del cajón de los botones.

MARTHE. La caja de costura está en el desván.

CAMILLE. Entonces sus artículos están en el desván.

MARTHE. ¿Qué decía?

CAMILLE. Decía que usted la llamaba todos los domingos a las doce. A las doce en punto. Y que colgaba a las doce y doce. Ella miraba el reloj de pared. Decía: «Doce minutos. Como los doce centímetros de la raya. Mi hija me quiere exactamente hasta la raya.»

(Un tiempo.)

MARTHE. Tenía la junta de gobierno a las doce y cuarto.

CAMILLE. ¿El domingo?

MARTHE. No. El domingo no había nada.

(Un tiempo.)

CAMILLE. ¿Le puedo preguntar una cosa?

MARTHE. Esta noche me puedes preguntar lo que quieras. Mañana a lo mejor ya no soy nadie a quien se le pregunte nada.

CAMILLE. Esta noche, cuando ha firmado la orden, sabía lo que firmaba.

MARTHE. Sí.

CAMILLE. ¿Y en 2006? ¿El veintinueve de diciembre, cuando nevaba?

MARTHE. En 2006 también. Lo sabía. Solo me las arreglé para olvidarlo. Olvidar lleva más tiempo que una firma. Una firma es un segundo. Para olvidar me han hecho falta diecinueve años, y hay que volver a empezar cada mañana.

CAMILLE. Mi padre no lo sabía.

MARTHE. No. Tu padre firmó un convenio que yo le presenté en un salón de actos, con una tarta de manzana. Se creyó lo que yo decía. Se creyó lo que yo decía en la televisión.

CAMILLE. Todavía se lo cree. Ha dicho: «Para eso cobramos el dinero.» Cree que era el precio. Que a la llanura se le pagó para que se inundara algún día, y que ese día ha sido solo mala suerte. No sabe que la llanura se ha inundado por trescientos metros de arcilla que nadie puso.

MARTHE. Se lo dirás tú.

CAMILLE. No.

(Un tiempo.)

CAMILLE. Usted.

MARTHE. Yo.

CAMILLE. Irá al Gué, cuando baje el agua. Subirá al establo de arriba. Se lo dirá. No en la televisión. En el establo, delante de las vacas.

MARTHE. Iré.

(Un tiempo.)

MARTHE. Léeme la noche.

CAMILLE. ¿Entera?

MARTHE. Las horas. Las cotas. Lo que has escrito al lado.

(Camille pasa las páginas hacia atrás. Camille lee, sin prisa.)

CAMILLE. «Veintitrés horas. Cinco metros cincuenta y ocho. Prefectura: queda a disposición.» «Veintitrés diez. Cinco metros sesenta y uno.» «Veintitrés quince. Llegada del ingeniero del dique. Borbotones en los Saules.» «Veintitrés cincuenta. Llamada de la señora Odette Aubry, loma de los Aulnes.» «La una. Cinco metros noventa y cinco.» Esta es su letra. «La una y cincuenta. Moulins, siete metros cero cinco. Pico adelantado.» «Las dos. Petición de barca, parque de bomberos.» «Las tres y cincuenta y cinco. Barca denegada.» «Las cuatro y doce. Dictamen del ingeniero.» «Las cuatro y diecinueve. Orden número uno.» «Las cuatro y veintidós. Seis metros cuarenta y seis. Sirena.» «Las cinco y media. La línea de la loma ya no contesta.» «Las cinco y cuarenta. Seis metros setenta y uno.» «Las seis. Seis metros sesenta y ocho. Bajando.»

(Un tiempo.)

CAMILLE. Después, solo he apuntado las cifras.

MARTHE. Seis metros setenta y uno.

CAMILLE. Es la más alta.

MARTHE. Nueve centímetros por debajo de la cifra de Simon.

CAMILLE. Nueve centímetros.

MARTHE. Si no hubiera abierto... Nunca sabremos si habría aguantado. Nunca. Eso es lo que me van a decir, y tendrán razón: a lo mejor habría aguantado.

CAMILLE. No tenía arcilla.

MARTHE. No. No tenía arcilla.

(En la mesa, el móvil de Camille vibra. Camille lo mira. No lo coge enseguida.)

ESCENA 3

(Camille coge el móvil.)

CAMILLE. Papá.

(Un tiempo.)

CAMILLE. Te oigo mal. Hay viento. ¿Dónde estás?

(Un tiempo.)

CAMILLE. En el tejado. Por la claraboya del desván. De acuerdo.

(Un tiempo.)

CAMILLE. Sí, es de día. Desde aquí se ve la chimenea. Simon la ha visto.

(Un tiempo.)

CAMILLE. Papá. ¿Dónde está ella?

(Un largo tiempo. Camille escucha. Marthe, en la ventana, no se vuelve.)

CAMILLE. No cuelgues. Simon va para allá. Ha salido a las siete con la barca de los bomberos, va por los setos.

(Un tiempo.)

CAMILLE. ¿Lo ves? Con una linterna en la cabeza. Sí. Es él.

(Un tiempo.)

CAMILLE. Ahorra batería. Cuelga, guarda la batería para él. Me quedo aquí. No me muevo.

(Camille deja el móvil sobre el registro. Un tiempo. Marthe no pregunta nada.)

CAMILLE. Está en el tejado desde que empezó a clarear. Salió por la claraboya, para tener cobertura y para que lo vieran. Tiene las manos heladas. Ve la barca, está a dos setos de la casa.

(Un tiempo.)

CAMILLE. A las cinco y veinte, el agua entró por debajo de la puerta. Ella estaba en el segundo escalón, con el abrigo y el bolso. Él, en el de arriba. El agua cubrió las baldosas, y luego el primer escalón. Dice que subía deprisa, que se veía subir. Ella dijo: «¿Ves, Yann? El agua se va a parar.»

(Un tiempo.)

CAMILLE. Hacia las seis menos veinte, el agua tocó la raya. Él le dijo que subiera. Ella dijo: «Sube tú. Yo miro dónde se para el agua.» Él quiso cogerla en brazos. Ella se agarraba a la barandilla. Con las dos manos. Dice que no pudo. No quería romperle los dedos.

(Un tiempo.)

CAMILLE. Entonces ella le pidió que subiera al desván a ver si los álbumes estaban secos. Él subió. Los álbumes estaban secos. Cuando quiso bajar, la puerta del desván ya no se abría. La madera se había hinchado con la

humedad, se había atascado detrás de él.

(Un tiempo.)

CAMILLE. La llamó, a través de la puerta. Ella le contestó. Le dijo que no forzara, que se iba a dislocar el hombro. Le decía dónde estaba el agua. El cuarto escalón. El quinto. Él estuvo mucho rato dándole golpes con el hombro a la puerta. Cuando cedió, el agua cubría media escalera.

(Un tiempo.)

CAMILLE. La llamó. Dice que la llamó mucho rato. Dejó de oírla después de las seis y veinte.

(Un largo tiempo. La lluvia. Marthe se vuelve. Viene a la mesa. Mira el registro, el móvil encima.)

MARTHE. Una página nueva.

(Camille pasa la página.)

MARTHE. ¿Qué hora es?

CAMILLE. Las siete y doce.

MARTHE. ¿El puente?

CAMILLE. Seis metros cincuenta y dos.

MARTHE. Escribe. «Las siete y doce. Seis metros cincuenta y dos.»

(Camille escribe.)

MARTHE. «El tramo de los Saules ha aguantado.»

(Camille escribe.)

MARTHE. «Las obras de este tramo, objeto de una reserva en el acta de recepción del veintinueve de diciembre de 2006, nunca se realizaron. La reserva la levantaron ese mismo día la alcaldesa y el ingeniero del dique, que lo sabían. En octubre de 2007, la alcaldesa destinó a otros gastos los créditos votados para esas obras. Firmó diecinueve informes que lo decían.»

(Camille escribe. El bolígrafo se detiene.)

CAMILLE. «Que lo decían.»

MARTHE. «Que lo decían, en la página tres.»

(Camille escribe.)

MARTHE. «Esta noche, la llanura de los Aulnes ha sido inundada por orden de la alcaldesa, a las cuatro y diecinueve.»

(Camille escribe.)

MARTHE. «La señora Odette Aubry, ochenta y seis años, loma de los Aulnes...»

(Se detiene.)

CAMILLE. ¿Escribo «desaparecida»?

MARTHE. No.

(Un tiempo.)

MARTHE. Escribe: «Se quedó en el segundo escalón.»

(Camille escribe. Un tiempo.)

MARTHE. Deja sitio, debajo. Para Simon. Firmará cuando vuelva.

CAMILLE. ¿Cuánto sitio?

MARTHE. Una línea. Escribe pequeño.

(Camille deja una línea en blanco. Camille vuelve el registro hacia Marthe y le tiende el bolígrafo. Marthe firma. Deja el bolígrafo.)

MARTHE. Léeme la firma.

CAMILLE. «Marthe Aubry.»

MARTHE. Escribe al lado: «alcaldesa de Pontvieux».

CAMILLE. Ya viene impreso, arriba de la página.

MARTHE. Escríbelo de todas formas. A mano.

(Camille escribe.)

(Marthe coge el abrigo del respaldo de una silla. Se lo pone.)

MARTHE. Bajo al vestíbulo. La gente de los Prés-Neufs va a empezar a llegar. Quiero estar al pie de la escalera cuando entren.

CAMILLE. ¿Y la prefectura? ¿A las nueve?

MARTHE. Allí estaré, con Simon y el archivador. El registro lo llevarás tú. A ti te creerán.

(Va hacia la puerta. Se detiene.)

MARTHE. Camille.

CAMILLE. ¿Sí?

MARTHE. Tu padre. Cuando la barca lo traiga, ven a buscarme. Y dile que iré al Gué. Al establo de arriba. Dile que tengo algo que decirle, y que va a ser largo.

CAMILLE. Se lo diré.

(Marthe sale. Se oyen sus pasos en la escalera, y luego la puerta, abajo.)

(Ya no queda nadie más que Camille, ante el registro. El día va subiendo. La radio crepita. Una voz, unas cifras.)

CAMILLE. Ayuntamiento de Pontvieux. Recibido.

(Camille escribe.)

CAMILLE. Las siete y veinte. Escala del puente: seis metros cuarenta y ocho. Bajando.

(Camille deja el bolígrafo. La lluvia, en los cristales.)

(Oscuro.)



Ensaya este texto con Acto

Una voz te da la réplica, lo aprendes a tu ritmo y te pones a prueba.

acto.re/biblio

Qué puedes hacer con él

Texto original escrito para Acto. Léelo, imprímelo, trabájalo en clase, interprétalo en un casting o en un self-tape: para eso está, y no tienes que pedir nada. Para una representación pública o un uso comercial, escríbenos a contact@acto.re.